

"FRANCHO MUR"

■ POR ■
■ JOSÉ LLAMPAYAS ■





GUTIERREZ

SEMANARIO ESPAÑOL
DE HUMORISMO

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos.

Xaudaró.—Tovar.—Penagos.—Ribas.—Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato'—Roberto.—Barbero.—López Rubio.—Tono.—Etc.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.

CONCURSOS RAROS.—SECCIONES EXTRAÑAS

¡Contra la neurastenia!

¡Contra la hipocondría!

HUMORISMO SANO.—BUEN GUSTO

COMPRE V. TODOS LOS SABADOS

GUTIERREZ

Administración: Rivadeneira (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20. — MADRID

JOSÉ LLAMPAYAS

FRANCHO MUR

NOVELA

ILUSTRACIONES DE AGUSTIN



LA NOVELA MUNDIAL

AÑO III 23 DE AGOSTO DE 1928 NUM. 128

MADRID

J. Tejedor

de.

Madrid J. Octubre - 1929.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Pilar Abarca, nieta de un rey (novela poemática del Sobrarbe).

Mosén Bruno Fierro (Cuadros del Alto Aragón).

El oso del señor Gimson.

EN PREPARACIÓN:

Francho Cor, el celibero.

A José García Mercadal,
escritor aragonés.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

FRANCO MUR

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

TRÍPTICO DE «XEBERNILS»,⁽¹⁾ Y SU HÉROE

EL VALLE

En el Alto Aragón, y al pie de "Las Tres Sorores", descuella, entre muchas, una gigantesca mole de granito desnuda de medio cuerpo arriba, con verdinegras faldas de tupido bosque y amplias y poderosas estribaciones que acotan, rodeándolo de grandes peñas, un valle abrupto hendido y resquebrajado por los torrentes. Profundas hoyas, colmadas de matorral, ponen separación entre los rotos campos. Hoscos cerros, con algún árbol pensativo o algún bardal en ruinas, escuchan ensimismados el reborbollo incesante de las aguas. Severo, sombrío, es el paisaje. Los prados, los remansos verdes, recátanse de figurar en él. Ocúltanse en el bosque

(1) Nombre supuesto.

o en las honduras. Todo es fiero allí. A veces, un vaho sutil, que es transparente en la sobrehaz, blanquiazulado en las hoyadas y gris denso en las lejanías, trata de improvisar en aquel escenario un panorama de ensueño. Pero el gigante se irrita, se aborrasca, sopla, barre la niebla, suelta las águilas y desparrama las nubes.

A media ladera, junto al bosque y en un lomazo, como sobre una rodilla del coloso, asienta el pueblo de *Xebernils*.

EL PUEBLO

Las casas, unas cuarenta, con portalada al patio, saledizos balcones de madera, pequeños unos, con tejadillo, corridos otros a dos vientos, y techumbre negra de superpuestas pizarras, trepan escalonadas por dos toriúosas callejas muy pinas, y forman en lo alto una plazoleta rodeada de soportales. La iglesia queda a un lado sobre un campo lleno de cruces. Y las bordas, tantas como casas, muéstranse diseminadas por la vastedad del monte.

El pueblo tiene tres accesos. Por su parte alta,

el camino de "La Paquera", que sale al bosque, y por abajo, los de la "Fuente" y el *Trastiello*. Aunque este último, corto, muy en cuesta y empedrado con lastras, no es más que un alcorce del de la "Fuente", que sube desde el barranco.

Honda paz reina casi siempre en *Xebernils*. Es pueblo de pastores. Ellos y ellas vanse con el alba y no regresan hasta prima noche. El ganado lo dejan en las bordas.

Al romper el día, voltea el esquilón, chirrían y baten las puertas, crúzanse los que van a la iglesia con los que salen al campo, y todo es trajín. Luego, todo quietud.

Acabada la misa, unas viejas con capucha y faldas de campana desfilan despacio por el herba que les sirve de cementerio. A veces se detienen y humillan la cabeza, permaneciendo un rato inmóviles. Y al fin se dispersan por las calles.

Más tarde, alto el sol, se las ve sentadas en algún pedriño solanero, ya sin capucha, cubiertas con un pañuelo muy ceñido a la frente, formando corro en torno de un jarro de vino que, de vez en vez y por turno, catan con golosina. Un abuelo que ya no ve, un inválido de

calzón que se encerva sobre dos bastones, las escucha absorto, con los ojos muy abiertos. Y por encima del pedriño zumban las abejas, y las mujerucas cotorrean y cotorrean, y las horas van pasando lentas, inacabables.

Pero al dar las doce todo cambia. Estalla un griterío. ¿Qué ocurre? Los párvulos se desbordan. *Xebernils* ha volcado el cesto de los muñecos, y cien de ellos, al verse libres en el arroyo, echan a correr y se desparraman por los alrededores. Los *mocés* visten justillo y calzón, y las *mocetas*, como sus madres, pañuelo, corpiño y acompañadas faldas. Y brincan, bailan, ruedan por el suelo como peonzas.

Al atardecer, esos muñecos vuelven a dar la nota alegre. Pero no la misma. Su vocerío, en la paz densa del valle, queda como apagado. A esa hora las viejas se recogen, humean todas las techumbres, por los barrancos oyesse un monótono campaneo de esquilas, rasga el silencio el lejano grito de algún pastor, y entre los azulencos fondos y la gran bóveda roja las cumbres arden un momento como enormes ascuas.

EL HEROE

Semejante al coloso de granito que domina el valle es el amo de *Xebernils*. Porque *Xebernils* tiene un amo, casi un rey.

Pero no perdamos segundo. Aún hay fuego en los peñascos y aun queda un reflejo dorado en las copas de los árboles. Aún podremos verle.

El galope de un caballo irrumpe de improviso en la quietud del monte. El es. ¿De dónde viene? Nadie lo sabe. Sus mismos pastores lo ignoran. ¿No lo veis? Ahora sale por la cañada de *Os Fraxins* y se pone al camino cabalgando hacia el pueblo. Dos perros le siguen jadeantes. Al llegar al puente lo desprecia y, bajando a la glera, mete por el pedregal. Tampoco vacila ante el *Trastiello*. Precisamente es su obstáculo favorito. El potro se arranca, da un bote adelante, resbala, patalea, sacude las crines, retrocede, se rinde; pero nuestro hombre se crece, levanta las manos, sujeta al bruto y, metiéndole espuela, hácele subir entre una tempestad de coces y de chispas. Luego, al trote certo, con fanfarria

de gran señor, entra galleando en la plaza y descabalgó ante un viejo caserón con escudo.

Es un hermoso tipo alto, recio, atezado. Se quita el sombrero, pasándose una mano por las greñas. Tiene la frente ancha, los ojos sombríos, la mandíbula fuerte. Viste zamarra de pieles y pantalón ancho, de montar, embutido en unas perneras de cuero atadas sobre las botas. Ahora, con el potro de las riendas, se dirige hacia una corralada anexa al edificio. Es lento y camina balanceándose.

Ha dejado la cabalgadura en la cuadra y entra en la cocinona precedido de los perros. En torno del hogar hay amplias *cadieras* con teteros repletos de vajilla, y de la tenebrosa campana de la chimenea penden tres *cremallos* con sendas ollas colmadas de condumio. Déjase caer en uno de los bancos, o *cadieras*, y atiza los troncos. Para desmenuzarlos nunca emplea el hacha. Los coge y les hince las uñas, resquebrajándolos sin aparente esfuerzo. En este momento, con ambos codos apoyados en las redillas, se entretiene en torcer un badil de bronce. Pero esto no es nada. Cuando las fiestas de la Cofradía, habiéndole invitado los mozos a pre-

sidir el tradicional ágape, comióse media cabra, se bebió tres jarros de cariñena, y después de mostrarles cómo se come y se bebe, rompió la mesa de un puñetazo.

Una mujer de cierta edad, sirvienta de aspecto, que anda por la cocina y que responde al nombre de *Sabel*, acaba de llamarle familiarmente *Francho*. ¿*Francho*? Sí; de treinta años para arriba todos en el pueblo llámanle *Francho*. Sólo el cura y la gente moza—con el maestro y el médico, que él ha instituido y paga con largueza—le llaman respetuosamente el *señor Mur*.

Porque este atleta de aspecto frío y gesto desdenoso es nada menos que *Francho Mur*. ¿No os acordáis? *Francho* el boxeador, el gran pugilista, el rey de los puños. Aquí vive y éste es su pueblo. Hace quince años salió de él pastor y ha regresado prócer. Acabando con sus rivales amasó una fortuna y pudo luego comprarlo todo o casi todo. Ahora es como otro rey. Pero como un rey sin ventura y sin esperanza.

Os contaré su historia.

LA NARRACION

EN EL MONTE

Hará de esto quince años. Era por el otoño. El sol había traspuesto la barrera de Arbe, dejando tras sí una franja amarilla y un nubarrón monstruoso. Al resplandor de aquella estela palidecían las cumbres. Los peñascales estaban lívidos. El nubarrón cambiaba de forma, cerniéndose por encima de los foscos y dentellados cerros del ocaso. La franja amarilla se adelgazaba. Y el cielo, en lo alto, en el cenit, aparecía moteado de redondas nubes ocre, cada vez más dispersas, entre las que pugnaba por mostrarse el disco, aún débil, de la luna.

Dos mozas pastoras corrían cuesta abajo con agilidad agreste. Iban en zigzag, unas veces saltando con ayuda del *tocho* y otras arrás-

JOSE LLAMPAYAS

trándolo. Descendían a un barranco de los muchos que forman el intrincado laberinto del valle.

Al pisar la glera echaron por lo peor. Tiraban a alcorzar. Tenían prisa. Con frecuencia las márgenes eran dos acantilados. Entonces marchaban por el cauce sorteando las piedras con un choqueo de abarcas.

La que iba delante era de más edad y más fornida. Tendría unos veinticinco años. La otra, unos veinte. Ambas vestían corpiño oscuro y falda parda muy volada. A la cabeza llevaban un pañuelo ceñido por la frente con lazada atrás, de extremos colgantes.

La zaguera gritó:

—¡Para, Antonia! ¡Para!

—¡Hala, Sabell! ¡Que se mos fa noche!

Sabell se atosigaba y reía. Tropezaba adrede haciendo como quien se cae. Estaba por jugar. La Antonia dió una patada en tierra.

—¿Andas o no andas? ¡Mira, no me apures!
¡¡Rediós!!

Tenía la voz recia y el decir desgarrado. Corpulenta y ágil, de facciones abultadas y color cetrino, era como una gran bestia montuna. Sa-



bel, por el contrario, bajita, redonda, colorada, de ojos vivos, nariz respingona y boca un poco grande, pronta siempre a la risa, parecía la estampa del descaro.

Eran primas y compañeras de pastoreo. La Antonia sospechaba que *Francho* y *Maria-Cruz* se daban cita al anochecer en *Barrancofondo*, y quería comprobarlo con *Sabel*, segura de que ésta lo bachillearía mañana por todo *Xebernils*. *Sabel* quería y no quería ir. Temía a *Francho*. También la Antonia le temía. Pero a la Antonia, por encima del temor, se le desmandaba el odio, un odio de hembra despechada, de bestia en celo.

Habían dejado el barranco y trepaban por un monte poblado de bojés. Iban con precaución, despacio y alerta, pisando quedo y evitando el roce de las matas.

Al llegar a la cumbre se asomaron a una cortada. Estaban sobre *Barrancofondo* y, con la foz de por medio, frente a un cerro donde cimbeaban los muros de un corral de ganado. Oíase el incesante campaneó de un rebaño que subía por la opuesta ladera. De pronto apareció en lo alto la silueta de una res. Luego la de

otra y otras. *Sabel* se hizo un ovillo y la Antonia se echó de bruces.

La franja livida del ocaso había desaparecido. El nubarrón formaba ya un todo negro con la cordillera de Arbe. La luna iba acusando más y más su presencia detrás de las redondas nubecillas, ahora grises con rebordes de plata. Y al fulgor de ambas luces, la una agónica y la otra débil, los ojos felinos de la Antonia acechaban desde lo alto preñados de odio.

En el fondo resonó, breve, un silbido. La moza se incorporó.

—*¡Yé él, yé él, que ha chufado!... ¡Veila agora a María-Cruz! ¿La veís?*

Difícil era ver cosa. Pero ellas la habían visto salir a la puerta del corral y desaparecer al instante por el monte. Aguzaron el oído. Rodaban pedruscos. Descendía, sin duda, por la rallera. Oyeron su voz. Luego, un murmullo apagado entre la espesura. Y después, nada.

La Antonia empezó a rebullir. Se levantaba, se echaba, se la llevaban los demonios.

—*¿No te o deceba yo?... ¡Miren la Mari-Sántica!*

—*Cállate, que mos oirán.*

—... la Mari-P...

—¡Por Dios, Toñoña! Verás, verás si mos oye Francho.

—Ya me se importa a yo bien de Francho.

Sabel no las tenía tedas consigo. Estaba inquieta. Se ataba y desataba el pañuelo. Mordía sus puntas. Temblaba. Preguntó por lo bajo:

—¿Y'aónde habrán iu?

—Asti baxo están, fata, en a borda.

—¿No mos vamos?

—¡No! Espera...

—Yo m'en voy.

—¡¡Pos marcha, rediósl! ¡Buena limpia!

Sabel no se movió. La Antonia, echada boca abajo, con la barba en el borde de la quebrada, ambos codos en tierra y las manos cruzadas sobre la nuca, parecía un langosto enorme, pronto a saltar.

Recordaba con rabia, no su deshonra, que la tenía sin pena, sino su vencimiento. Cinco años habían pasado. Francho contaba por aquel entonces diez y seis. ¡Un crío!

Fué durante el agüerro, y en el mesón de Samitier. Ella y Sabel, según costumbre, dirigíanse a Hoz, de la tierra baja, a coger olivus. Quin-

ce leguas de camino, que la Antonia hubiera hecho en dos jornadas, o quizá en una; pero Sabel era muy niña y tuvieron que hacer noche en aquel mesón. Allí encontraron a Francho.

El zagal empezó por convidarlas a poncho. Luego dió en galantearlas. Sabel se reía. También la Antonia, pero acosándole con burlas. Abusaba de su poder, que tenía bien probado. Procáz, agresiva, insensible y dotada de una fuerza nada común, había desafiado a todos los mozos, ofreciéndose como premio de la victoria. Era enorme. Si uno en el pueblo se comía un gato, ella se comía dos. Nadie la ganaba tampoco a beber y a jurar. Pero Francho no la temía, y la retó en la cuadra. Aceptó ella el envite. Forcejearon. Fué una lucha digna de haber ocurrido en otros tiempos al pie del peñasco de Xeberrils. Sabel, acurrucada, abría los ojos con asombro. Y la pobre perdió la inocencia al perder su prima la honra con el combate.

En la Antonia se operó un cambio. De loba indómita que era, convirtióse en la perra mansa del zagal. Ella iba con las vacas adonde quiera que él fuese por el monte. Le seguía, lo perseguía, le hablaba con mimo, y de buena gana

lo hubiera encerrado en alguna cueva. Después, viéndole crecer y pasar de zagal a mozo, empezó a rondarle, huraña, intranquila. Olfateaba el peligro. Luego, ya no se llamó a engaño. Francho andaba con todas, era como el gallo del pueblo. Y ahora, se le iba. Cortejaba con María-Cruz, la gentil zagala de casa Cor. Y la Antonia debatíase, furiosa, volviendo a ser la hembra brava de siempre.

Tales eran los tumultuosos pensamientos que, haciéndole hervir la sangre, la tenían inmóvil, como absorta, sobre el tajo de la peña.

Transcurrida una media hora, volviéronse a oír voces en Barrancofondo. Cuando cesaron, percibióse un tácito caminar cada vez más débil. María-Cruz se alejaba.

Las dos mozas se habían puesto en pie. *Sabel* tiraba de su prima.

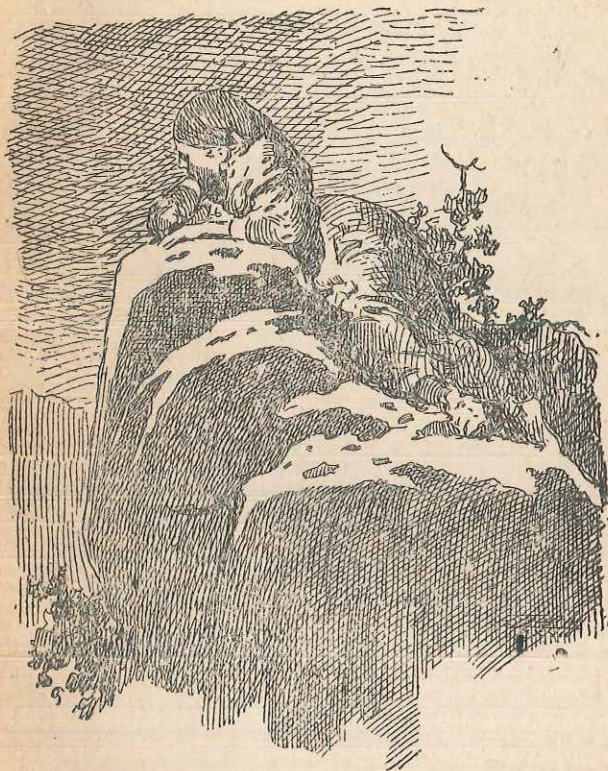
—¡A fuír! ¡A fuír!

—Espera...

La Antonia, que ya había dado dos o tres pasos, volvióse de pronto, retrocedió con ciego impulso y rompió en una sonora carcajada.

Abajo surgió el mozo.

—¡Rediós! ¡No tendrás frío!



Francho subía. Las mozas, huyendo a través de los bojes, iban cuesta abajo por la opuesta banda, poco menos que a tientas. La luna continuaba velada. Y en el barranco, donde la oscuridad era mayor, se distanciaron una de otra, acabando por dispersarse.

En lo alto del monte que dejaban se columbró una sombra. Luego oyóse como si una peña desbajada rodase por entre los bojes dando tumbos. Era Francho, que descendía a saltos. Les ganaba terreno.

La Antonia, agachada y sobarcando el *tocho*, deslizábase por el pedregal con ayuda de las manos. Empezaba a arrepentirse.

Aquel barranco tenía varias salidas laterales; pero ninguna buena, por lo que prefirió seguirlo hasta el fin, donde había un descampado fácil de recorrer, y después unos lomas próximas al pueblo.

Al llegar a lo abierto esperó. Temía por *Sabel*. Luego, rodeando el descampado, para no ser vista, fué a esconderse al pie de una de las lomas. El resplandor lunar permitía distinguir desde allí la salida del barranco.

Resonó un grito. La Antonia se irguió, estremecida.

—¡Mal rayo! ¡Ya la tién!

Y corrió hasta la mitad del yermo. Pero se detuvo. El temor a Francho podía en ella más que todo. Los gritos seguían. La Antonia revolvióse con un ir y venir de fiera enjaulada. De pronto, su odio impotente fué capaz de esta imprecación:

—¡Así te coman os lobos! ¡¡Mal hombrece...!!

Y retrocedió, escapando hacia su escondite.

No había transcurrido media hora cuando vió, primero una sombra movible a la salida del barranco, y después la silueta de *Sabel*, que atravesaba el yermo. La dejó pasar. Y luego, tras unos minutos de observación, salió corriendo y la dió alcance traspuesta la loma.

—¡*Sabel!*

—¡*Toñona!*

—¿*Qué ta fecho?*

Sabel, en vez de responder, llevóse ambas manos a la cara. Iba sin pañuelo a la cabeza, desgredada y con el corpiño roto. La Antonia levantó los brazos.

—¡*Virgen!* ¿*Pro qué ser?*

—¡Fuye, Toñoña, fuye!

—¡Mal hombreee...! ¡Hombre creminal!

—Fuye, fuye. Si te pillase a tú, l'estomaría d'una puñada.

—¿Qué ferás, di?

—Men iré ta servir.

—Dirémoslo a Pepón.

—No; a Pepón, no. Reñirían y mataríalo Francho.

Sabel, que se había lastimado un pie en la huída, cojeaba y lloriqueaba. La Antonia iba soltando imprecaciones. Preguntó:

—¿T'aónde habrá tu iza mala bestia?

—Ta borda me seguro. Ta poner e baranato... ¡Ay, mi madre!

Anda que anda, llegaron al camino, donde Sabel, que no podía con el dolor del pie, se dejó caer sentada cuando les faltaba sólo pasar el puente y subir al pueblo.

La luna, que no era allí la vulgar testigo, sino la primitiva, la de los amores bárbaros, desparramaba las nubes, proyectando por todo el valle sus errantes sombras. Estas pasaban y pasaban por la frente del coloso de Xebernels, que parecía tallado en hielo. Véanse también dos

o tres peñascos solitarios, semejantes a encauchados en éxtasis. El silencio era absoluto. Y las casas del pueblo abrían boca y ojos, como si estuvieran maravilladas.

Se oyó cantar por el camino.

Las dos mozas, puestas en pie, vacilaron un momento entre huir o quedarse, y al fin se deslizaron por el declive hasta el pedregal, agazapándose bajo el arco del puente.

Francho, saliendo por el atajo, presentóse de improviso en el claro de luna, en mitad de la glera. De un salto salvó el arroyo. Era un hermoso tipo, alto, recio, de marcial apostura. Iba de justillo y calzón, y caminaba contoneándose. Al llegar al pie del *Trastiello* se detuvo y miró en torno, con aire de triunfo. Luego cantó:

*Tórname as camaligas,
que me as tiens de tornare,
si no m'en voy ta Viciele
a afartarme de plorare.*

Y bajo el puente, un sollozo quedó como ahogado en el murmullo del agua.



EN BARCELONA

El correo de Bilbao estaba para salir. Iban a dar las siete. Cada vagón era una colmena y el andén hervía con el alboroto de los que se quedaban, el trajín de los mozos, el ir y venir de los rezagados y el rodar de las carretillas cargadas con los últimos equipajes.

El conde, la condesa, un criado de librea y seis o siete amigos que iban a despedirles, vagaban por el andén, formando un grupo escitante y perplejo. Buscaban a don Ramón, que se había adelantado para escoger sitio. Al fin, lo vieron. Les llamaba desde la portezuela de un departamento de primera clase. Decía, alborozado:

—Estamos de suerte. Aquí podremos ir los cuatro, sin más compañía que la de este amable joven, que baja en Lérída.

El joven saludó. Don Ramón y el criado fueron entrando los equipajes. El conde, la condesa y los amigos formaron un corró más en el andén.

El conde iba de *sport*, con gorra, cazadora y

perneras de banda. Frisaba en los cuarenta. Era bajo, recio y muy tieso. Tenía la cara angulosa y una mirada que, haciéndole juego con el bigote retorcido, pretendía ser altiva y hasta fiera. Hablaba como troquelando las palabras, y gustaba de redondear el discurso acabándolo como lo había empezado.

—Parece que en el Alto Aragón hay muchos jabalíes. No se me ocultan las dificultades en que me veré para darles caza en montes como aquellos, tan quebrados, donde no todos los procedimientos son practicables. Pero, en fin, allá veremos. Porque en el Alto Aragón hay muchos jabalíes, según parece.

Era un conde de ayer. No podía disimularlo.

La condesa tenía sobre treinta años. Era una pelinegra, preciosa, esbelta, maciza y, al parecer, de mucho nervio. No se quejaba nunca. El bastón, en que se apoyaba con ambas manos, era como el eje de un torbellino. Sobre él se cimbreaba, inclinándose, miraba a hurtadillas, reía o erguía afectando asombro, y, con frecuencia, volvía la cabeza con un gesto rápido que le servía para poner de relieve el escote acusando las redondeces del busto.

—Por Dios, condesa, guárdese de los jabalíes. Ya sabe usted que acometen.

—¡Bah! Eso me decían de los ciervos, y, créalo, no son de cuidado.

Dieron la señal. Don Ramón descendió, presuroso, instándoles que subiesen.

Don Ramón, señor de sus cincuenta, bajo, calvo, un poco grueso y muy amable, era un semiparásito del conde y algo así como el rodrigón de la condesa, que lo tomaba siempre que tenía aburrirse.

Hubo sendos apretones, pitó la máquina y salió el tren, camino de Huesca.

LA TABERNA D'OS SALVACHINS

Los mozos de las cinco o seis casas principales celebraban sus tertulias en el café de la plaza, un estanco injerto en café por obra y gracia de un par de veladores que ponían en la trastienda, y la pobretería de pastores y pastoras, o sean los *salvachins* y *salvachinas*, reuníanse en la cocina de la *Canóniga*, mujer vieja, que entre otras malas famas tenía la de

ser bruja. La recocina era el zaguán; un zaguán amplio, con algunos bancos y mesas. Y no había otras dependencias en la taberna *d'os salvachins*.

Aquella noche, como víspera de fiesta, se bailaba sin descanso, a son de gaita unas veces, y cuando ésta paraba, al compás de las dos únicas guitarras del pueblo. Los bancos y mesas aparecían arrumbados de cualquier modo. Las mozas sin pareja se alineaban, según costumbre, a lo largo de la paredes. Todas iban ataviadas con lo mejor del cofre. Y era un espectáculo contemplar reunidas a las pastoras, con pendientes de abalorios, gargantillas, corpiños de terciopelo, faldas redondas y pañolones rameados.

De la cocina salía una tufarada irresistible. A través del humo, que en parte procedía de los guisotes y en parte de las teas que para alumbrar quemaban sobre dos platillos colgados del techo, veíanse hasta media docena de siluetas humanas distribuidas por las *cadieras*, y la brujesca efigie de la *Canóniga*, que, acurrucada y hecha un fardo junto a la lumbré,

mostraba, al volverse, una cara blanca, gruesa, de mejillas flácidas y ojos astutos.

En el rincón más oscuro, la Antonia hablaba en vez baja con Pepón, el novio de *Sabel*, a la que no se veía por el baile. Era Pepón un mozo muy grande y muy bruto. Tenía el rostro abultado, las cejas unidas y los labios gruesos. Escuchando a la Antonia rebullíase en el asiento y se rascaba el cogote. Dijo:

—*Se me fa extraño. ¿Y a tú?*

—*Qué quiés... Hay cosas... S'habrá entretentú con as güellas.*

—*¡Hum! No creo. Van quedars enalcontrarnos astí.*

—*¿Cuándo?*

—*Antier.*

La Antonia rióse de un modo extraño. Pepón se levantó.

—*¡Moler! Verás tú si vien u no vien. Men voy ta buscarla.*

Quando Pepón hubo salido, la moza se tumboó en la *cadiera*, para hablar al oído a la *Canóniga*, que desde hacía rato la miraba con disimulo, y como a poco se produjese en el baile un gran clamoreo, que atrajo a todos los de la

cocina, las dos mujeres quedaron a sus anchas cuchicheando.

Se había parado el baile. El zaguán era un hervidero. Más de cincuenta, entre mozos y mozas, rodeaban a Francho y a María-Cruz, que traían noticias que a todos llenaban de regocijo. Al fin, se confirmaba que al otro día llegarían unos grandes señores, unos condes, y que habría cacerías y fiesta en abundancia.

Mosén Antón había enseñado la carta a Francho, encargándole que organizase una batida al jabalí en el punto que juzgase más conveniente y con el número de ojeadores que hiciesen falta.

Hubo una ovación. Añadió Francho:

—¿Qué vos paece Pinar Negro?

Se discutió a gritos. Unos decían que era mejor *La Selva*; otros, que *Las Escariatas*. Al fin, convinieron en que, para el *chabalín*, no había como *Pinar Negro*, siempre que se empleasen muchos hombres.

—¿Y a cómo pagan?

—A duro.

—Y a comida.

—¡Natural!



—¡Ji-jurujúu!...

Desbordóse el entusiasmo. Francho impuso silencio.

—*Os condes llegarán sobre as doce. ¿Sentís? Conque mañana, dimpués de misa, a recibilos a os Fraxins, a son de gaita. Tú, María-Cruz, con Rosoña y con a moceta de Bardaji, que seis as más bonicás, llevad buenos ramos de ulbahaca que agüela bien. ¿Esiá entendiu?*

—Síi...

—*Pos agora, ¡a bailar!*

Sonó la gaita, acallando los gritos y comentarios, y todos hicieron corro a Francho y María-Cruz.

No había pareja igual. Si él era el emblema de la fuerza, ella simbolizaba la inteligencia y la gracia. Delgada, airosa, cenceña, de color de bronce, y de facciones finas, correctas, era un caso de distinción. Luego sus ojos, unos ojazos que bajo el pañuelo tirante parecían mayores y más negros, contribuían a espiritualizarla. Se hubiera dicho nacida para danzar ante el ara de una divinidad india. Y bailaba alegre ante su pastor. Se acaloraba, se enardecía, vibraba

de entusiasmo. Al terminar, cayó en los brazos de Francho, que la levantó en el aire.

—¡Ji-jurujúu!...

El baile se hizo general. Las parejas se agarraban sin ceremonia. Aquellos *salvuchins*, aquellos simpáticos bárbaros, tenían la alegría sana y el amor ingenuo de los primitivos.

Pepón se presentó en la puerta.

—*Francho, sal si pués.*

—*Agora no me vaga.*

—*Pos men entro yo.*

Hube un momento de expectación. Con el mozo iban los dos hermanos de Sabel.

—*¿Ande has dejao a Sabel, Francho?*

Este contestó con dureza:

—*¿Quiés sabelo? Pos ande ella importunaba pa comprometer a María-Cruz; Ta Barranco-fondo ha síu. Búscatela t'allá.*

—¡¡Rediós!!

Pepón levantó un puño, y los hermanos de Sabel abalanzáronse sobre Francho. Este paró el golpe y, revolviéndose, descargó dos o tres de efectos fulminantes. Pepón quedó tendido. A uno de los hermanos de Sabel, que sangraba por la boca, teníanlo entre dos mozos. El otro

había escapado. Francho quería salir tras él, pero Mari-Cruz se le colgó del cuello. Los mozos daban en discutir el caso acaloradamente. Las mozas se iban. Francho gritaba:

—¡Hala, a bailar!

Pero faltaban las bailadoras. Poco a poco se fueron todos retirando. Francho salió con María-Cruz. Entonces, una moza se deslizó sigilosamente de la cocina al zaguán y de éste a la calle, desapareciendo en la oscuridad. Era la Antonia.

María-Cruz lloriqueaba, metiéndose los puños por los ojos.

—*Calla, fata.*

—*¿Qué ha pasao con Sabel?*

—*Cosa ha pasao.*

—*Si ha pasao. Tú andas con toas y quiés a toas.*

—*Ye te quiero a tú, sólo a tú; y a tú te quiero pa casame.*

Se alejaban. Rechinó la puerta de casa de la *Canóniga*, asomó ésta un momento su rostro lívido y moquetado, cerró, puso las trancas y todo quedó en silencio.



DE VIAJE

El tren corría a media noche por los campos de Lérida.

En el departamento donde iban nuestros viajeros, la oscilante lámpara del techo permitía ver a la condesa tendida, en actitud de dormir, con la cabeza reclinada en unos almohadones, y al conde, a don Ramón, al criado y al joven desconocido contemplándola desde los cuatro asientos de enfrente.

El criado, si no filosofaba, lo parecía. Don Ramón, atento, solícito, no perdía un sólo gesto de la condesa. El joven, tampoco, pero mirándola con disimulo. Y el conde, que había cogido a éste por su cuenta, peroraba.

—Yo no desdeño el ojeo a las perdices, porque en él se aprende a tirar a las que entran de pico. Tiro éste de cálculo, en el que nunca se sabe hasta qué punto conviene adelantar la mano. Y como que tirando mucho es como se aprende, por esto no desdeño yo el ojeo a las perdices.

La condesa hizo un mohín. Luego cruzó am-

bas manos bajo la nuca. Don Ramón se inclinó:

—Tiene usted la cabeza demasiado baja.

Y se puso a componer los almohadones. A ella le hacían mucha gracia los desvelos del buen señor, y sonreía, haciendo guiños al joven.

Poco después, empezó a resentirse de las caderas. Cambiaba de postura a cada momento. Don Ramón exclamó, indignado:

—Estos no son asientos para señoras, son para gañanes.

Y, puesto en pie, alcanzó una manta de viaje. Pero como la condesa, que era muy flexible, hiciese puente levantando aquella parte del cuerpo, don Ramón tuvo que proceder en cuclillas y sin ceremonias. Ella reía. Y reía, claro, con un temblor que al criado se le arquearon más las cejas. El conde compadecía a don Ramón. Y el joven se abanicaba.

Este descendió en Lérida. Los demás lo hicieron, dos horas después, en Monzón, donde les esperaba el automóvil que había de llevarles al Pirineo.

LOS PRIMEROS CHISPAZOS

La llegada de los cendes fué en *Xebernils* un acontecimiento.

Medio pueblo, con el gaitero y mosén Antón a la cabeza, salió a recibirles a la revuelta de *Os Fraxins*.

Subían los cuatro en sendas cabalgaduras, y la condesa, al divisar en lo alto del camino el exótico y abigarrado grupo de los montañeses, batió palmas, exclamando:

—¡Qué bonito, Ricardo! ¿No ves qué bonito?... Corra, don Ramón; tome la máquina. Dese prisa.

El buen señor descabalgó y, armando la máquina fotográfica, adelantóse para obtener unos clichés.

Hubo los saludos de rigor, la ronda cantó dos o tres coplas de bienvenida y María-Cruz entregó a la condesa un gran ramo de albahaca. Luego mosén Antón presentó a Francho como al designado para organizar las batidas.

Su presencia causó impresión. Le hicieron varias preguntas acerca de los jabalíes. La con-

desa no le quitaba ojo, mirándole con fijeza tan impertinente y avasalladora que llegó a turbarle. Acabado el interrogatorio escabullóse entre los suyos. Iba tropezando con éste y aquél. Estaba deslumbrado.

Reanudaron la marcha, el conde con el cura, la condesa con don Ramón y el criado, y el resto detrás, formando una deshilada de eclorines. La condesa decía:

—Don Ramón, ¿se ha fijado usted en el cazador? ¡Qué hermoso tipo!... Ellas, en cambio, no son muy allá; sólo esa flacucha que me ha dado el ramo es pasadera.

Se hospedaron en la rectoral.

Después de comer, la ronda, a son de gaita, les fué a cantar los *provechos*, y el conde obsequió a los mozos con copas de aguardiente y cigarros. A media tarde salieron con mosén Antón a dar un paseo por los alrededores. La condesa preguntó por el cazador. Habíase apoderado de ella el furor cinegético. Y fué preciso llamar a Francho para que le explicase con todo detalle cómo se cazaban los jabalíes en aquellos montes.

El otro día fué el de los preparativos. Por la

mañana se convocó a todos los ojeadores—unos treinta—y, después de organizados en grupos, se les instruyó acerca de lo que debían hacer a la mañana siguiente. Y por la tarde, el cura y Francho guiaron a los condes hasta lo alto de *Sierra Laflora*, desde donde se divisaba, en el fondo, *Pinar Negro*, refugio diurno de los jabalíes, y a la derecha, una ingente barrera peñascosa con dos únicas salidas: *El Foricón* y *Chiradiello*, que eran los puntos más indicados para situar las escopetas.

A la hora del crepúsculo mosén Antón y los condes regresaron, y Francho se quedó en el monte, despidiéndose de ellos hasta la madrugada.

Bajó a *Pinar Negro*, reconoció algunos *garrots*, o pasos, recorrió las zonas donde a prima noche mover solían los jabalíes, examinó cuidadosamente unas huellas, y después de permanecer apostado junto al bosque durante más de dos horas, emprendió el retorno.

Como había luna, echó por el atajo. En menos de media hora traspuso la sierra, y entraba ya en el pueblo, cuando, al pasar por detrás de la rectoral, que era la primera casa por aquel

lado, el corazón le dió un brinco. En el balcón de la solana estaba la condesa.

Vaciló un instante. Pero pronto se rehizo, y alterando el primer verso de una antigua copla, cantó:

*Condesa, puerto de flores,
corazón de avellanera,
ixa noche he soñadito
que estaba en tu cabecera.*

Ella sacó el pañuelo, hizo un rudo, lo arrojó a los pies de Francho y echó a correr, desapareciendo por lo oscuro de la solana.

EL INCENDIO

Aún era de noche cuando Francho llamó a la puerta de la rectoral.

Iba muy compuesto. Lucía sombrero de anchas alas, justillo y calzón de velludo, faja flameante, medias de lana blancas y abarcas de vacal con tiras de lo mismo atadas a vueltas por las piernas. De un hombro llevaba pendiente una escopeta de pistón, y del otro un zurrón de pieles.



Chirrió la puerta y apareció mosén Antón, que le hizo pasar hasta la cocina.

—Mucho has madrugado... ¿Y los machos?

—*Os trae Lorenzo.*

—¿Quieres una copa? ¿No? Como quieras... Tú mismo... Y aquí te dejo. Voy a despertar a los señores.

Francho cogió del leñero un brazado de pino y lo arrojó a la lumbre. Luego, cuando el montón empezó a crepitar, sentóse. Ardía una hoguera. Y absorto, con ambos codos apoyados en los muslos, mirábala con avidez. También él se consumía. No había dormido en toda la noche. Sacó de la faja un envoltorio, y del envoltorio un pañuelo fino, pequeño y perfumado. Un pañuelo que apenas se veía entre sus manazas. Lo miró, le olió, y cuando lo tuvo bien mirado y olido, lo dobló y guardó cuidadosamente. Menguaba el fuego. Levantóse y echó más leña. La cocina era un horno.

Entró el cura.

—Me acabarás la leña, bárbaro.

—*¡Leña, ray, mosén! Yo mesmo valgo pa leña.*

El primero en presentarse fué el conde; si-

guieron don Ramón y el criado, y por último compareció la condesa. Iba con polainas y pantalón ancho de montar. Estaba preciosa.

Salieron afuera con el mosén. Lorenzo esperaba con tres cabalgaduras del roncal: una para la condesa, otra para don Ramón y otra con las provisiones. Montaron. Y despidiéndose del cura, emprendieron la marcha con Francho por guía.

Mientras duró lo oscuro fueron por el camino, y cuando empezó a clarear, por el atajo, tomando las medias laderas, faldeando siempre la montaña por encima del bosque. Abajo veíase un paisaje enmarañado, abrupto. Y arriba, entre donde estaban y la barrera de peñascos, ralleras extensas, muy pinas, moteadas de abetos.

Hicieron alto. Había llegado el momento de dividirse para subir, unos a *Foricón* y otros a *Chiradiello*, los dos puntos de paso del jabalí. La condesa lo arregló todo.

—Tú, Ricardo, que eres la mejor escopeta, puedes ir con don Ramón y con este mozo, que os guiará hasta el puesto ese de *Foricón*. Nosotros nos vamos a *Chira*...; justo, *Chiradiello*.

—Lo que siento es no estar a tu lado para decirte cuándo has de tirar. No te vaya a ocurrir como aquella vez del ciervo... Lo esencial es, ya te lo tengo dicho, no precipitarse y correr la mano. Francho que te avise...

—Sí, sí; Francho me enseñará a correrla... Bueno. ¡Adiós!

El conde y sus acompañantes emprendieron la subida a *Foricón*, que estaba cerca, mientras la condesa dirigíase con los suyos a *Chiradiello*, que en línea recta no distaría de *Foricón* un kilómetro, pero adonde no podía llegarse en menos de media hora.

Gaminaren un buen espacio, Francho delante con la cabalgadura del roncal, y detrás el criado con el rifle de la condesa, hasta un punto en que fué preciso que ésta descabalgase. Encontrábanse entre algunos abetos, los últimos, y al pie de un gran mœcizo erizado de peñascos. La caballería no podía pasar. Y, o una de dos: o había que dejarla con el criado, o sola, atada en un abeto. La condesa optó por que se quedase el criado.

—En los puestos de tiro cuanta menos gente

mejor. Dale a Francho los cartuchos y el rifle, y espera aquí hasta que bajemos.

La condesa y Francho iniciaron la ascensión. Al principio todo fué bien. Estaba ella descansada, y sentía el placer de andar y aun de trepar de roca en roca. Pero pronto empezó a fatigarse. Iban por cantizales y por escombreras. Sus pies, cuando no resbalaban, se hundían. Con frecuencia quedábase parada chillando y agitando los brazos. Entonces Francho tenía de ayudarla dándole la mano o dejando que se le apoyase en el hombro. El se azaraba. Pero ella colgábase materialmente y sin ceremonia. Todas las iniciativas eran suyas.

En esto llegó el momento de escalar el macizo. Por lo pronto era necesario seguir un sendero practicado en la roca. La condesa exclamó al verlo:

—¡Jesús! ¿Por aquí he de ir yo? ¡Ca! ¡Imposible!

—*Pro si e tan llanico.*

—No, no, Francho; no puede ser.

—¿*Quié que a suba?*

—¿Y cómo?

—*¡Jolín! ¡Pos en un brazo!*

—¿Tú? ¿Y podrás?

—*¡Huy, poder! ¡Ni que fuera una mula!*

—Gracias, Francho... ¡Hala, pues!

Y subióse a una piedra para saltar a la espalda del mozo. Pero éste se rascaba el cogote.

—¡Hala, hombre! ¿En qué piensas?

—*En que a colicas no.*

—Pues haz como quieras.

Francho la enlazó por las rodillas tomándola en brazos como a un niño. Ella se le abrazó al cuello. Reía y se apretaba. El, en un alarde, subió por lo más difícil con seguridad verdaderamente pasmosa. Al llegar a una faja o cornisa ancha de unos cuatro pasos, la dejó en pie.

—¡Oh, qué vista! ¡Qué altos estamos!

Tenían detrás unos peñascos erectos; abajo, el abismo, y delante, un panorama sin límites.

—¿Es aquí?

—*¡Sí; íxe ye o puesto.*

Se miraron. Ella estaba ruborizada, y él, encendido, no tanto de la fatiga como por efecto de las oportunidades que acababan de ofreeérsele. No sabiendo qué hacer ni qué decir, empezó a cargar la escopeta. Primero puso pólvora de una calabaza que llevaba al cinto; luego, un



trozo de papel, que atacó bien atacado; a continuación, dos o tres balas, y por último, más papel, y atacó de nuevo.

—¿Y qué? ¿S'ha subtu bien?

—Muy bien. Sólo que eres un sinvergüenza.

—Vamos..., usté quié suponer que yo apalpaba.

—¡Y tanto!

—¡Hombre!... Tocante a mullers se face o que se pué... ¡Jo! ¡Jo!

—Pues no está bien.

A todo esto ella mirábale con fijeza, y estaba él tan azarado, que, sin darse cuenta, volvía a cargar metiendo balas y más balas. No sabía cómo desenvolverse. Al fin dijo:

—No a creiba tan melindrosa.

—¿Por qué?

—¿Y o pañuelo ire? ¿Qué quié decir ire pañuelo?

—Este pañuelo—y se le acercó apoyándosele en el hombro—, este pañuelo, Francho, quiere decir que eres el más guapo, que me gustas y que estoy tonta por ti.

—¡Huy, decir! ¡As pruebas! ¡As pruebas!

—¡Tómalas!

Y le besó. El dió un relincho y la arrebató con furia levantándola en el aire. Se la llevaba. Se la comía. Hubiérase dicho un lobo huyendo con su presa. Y desapareció con ella por entre el grupo de peñascos.

La escopeta, el rifle y los cartuchos quedaron en medio de la cornisa, sobre una piedra. Apuntaban al vacío. Allí un hombre echado no podía ver sino cielo y rocas. Pero a dos palmos del tajo de la quebrada se atalayaba una inmensidad, una tierra sin fin de azulencos valles y peñascales rojos o pardos semivelados por un vaho de niebla. Y más al borde, asomándose al abismo, veíase la hosca y extensa mancha de Pinar Negro. El silencio era absoluto.

Pasaron dos águilas. Al cabo de un cuarto de hora oyéronse unos gritos remotos. Eran los ojeadores. No corría un soplo ni se divisaba una nube. El sol cegaba reverberando en las piedras. Y en medio de aquella calma los gritos del ojeo repetíanse una hora y otra tercios, obsesionantes, ululando y repercutiendo por las concavidades del monte.

Resonó un disparo.

Francho salió corriendo, cogió la escopeta y

se paró a escuchar. De pronto agachóse. Un jabalí apareció en la cornisa, hizo un extraño y giró en redondo. Francho disparó y dió un salto arrojando el arma.

—¡Redidós!

Vacilaba. Tenía la cara negra y una mano con sangre.

El cañón había reventado por la recámara. Acudió la condesa.

—¡Francho!... ¡Qué horror!

Estuvo a punto de desmayarse.

—¡Aniño! Venga o pañuelo...; ate fuerte...; así, bien apretao...

Fronto le empezó a doler y se hizo un ovillo sobre una piedra. Luego, recobrándose, dijo:

—Vamos.

—No, no...

Ella corrió por la cornisa, y avanzando hasta donde pudo, llamó a los ojeadores.

Una hora después la expedición entraba en Xebernils. A Francho lo llevaban en el macho de las provisiones. El conde iba de pésimo humor. Don Ramón acababa de jugarle una mala partida. En el momento crítico había tirado sobre una ardilla ahuyentando los jabalíes. Y lo peor

es que la llevaba colgando como si fuese un gran trofeo.

Una vez en la rectoral, avisaron al practicante. Este llegó, reconoció al herido, le vendó la mano y recomendó a los presentes que no le dieran sino caldo.

—Un caldo substancioso, con jamón; porque el jamón, señores, y no lo olviden, es el alma del cocido.

Cuando se hubo marchado, la condesa le dijo al conde:

—¿Qué opinas tú de esto?

—¿De qué?

—De que el jamón es el alma del cocido.

—¡Ah! Que es gracioso.

—Di mejor que el practicante es un bruto, y que no puede ser que este mozo pierda tontamente la mano.

—Pero, mujer..., ¿qué le haremos?

—Llevarlo a una clínica, y en seguida.

—¿Con nosotros?

—Sí. Es un caso de conciencia.

Aquella misma tarde los condes partieron de *Xebervils*, llevándose al mozo. El pueblo en masa hizo patente su gratitud acompañándolos

un buen trecho. Unos animaban a Francho Mur. Otros gastábanle bromas. Quién le daba un encargo para la capital. Y entre tantos ni uno sólo hubiera creído que Francho se iba para no volver hasta pasados quince años.

EPÍLOGO

Ahora Francho vive con *Sabel*, con aquella misma *Sabel* a la que un día sacrificó en un momento de cólera. Y vive recordando en ella sus tiempos de pastor, porque los de púgil no le parecieron después tan interesantes.

Cierto que llegó a triunfar. Pero su triunfo fué el de la desesperación. Cuando al año de hacer de chofer riñó con la condesa y supo luego la locura de María-Cruz, lanzóse a pelcar, a ganar dinero, a embriagarse de gloria, a olvidar entre oro y aplausos aquel bien perdido.

¡Pobre María-Cruz! Al tener un hijo, el pequeño Francho—hoy Francho Cor—, volvióse loca, y diez años loqueó por aquellos montes. Iba hecha un andrajo. Muchos, andando el tiem-



po, llegaron a tenerla por bruja. ¡A ella, el corazón más tierno de *Xebernils*! Hasta que un día la encontraron muerta al pie del peñasco de *Chiradiello*.

¡Pobre María-Cruz!

Y Francho, con el mismo ánimo que antes apuñeteaba a los púgiles, coge ahora el potro, le hinca las espuelas y galopa horas y horas por cerros y barrancos.

Luego, por la noche, cuando *Sabel* ha quitado los manteles, escribe a Francho Cor, su hijo, por otro nombre *el estudiante*, y para algunos *el hijo de la loca*. Le escribe despacio, trazando unos garabatos gruesos y enérgicos. Y una vez acabada la carta, se pasa un buen rato leyendo y relejendo las contestaciones recibidas, que guarda cuidadosamente ordenadas en una carpeta.

Pero durante las vacaciones, cuando el de Cor sube a *Xebernils*, Francho Mur se transforma, se rejuvenece, vuelve a jurar y a beber como en sus buenos tiempos, derrocha el oro y todo en el pueblo es fiesta. Con su hijo caza, monta a caballo, recorre las sierras, escala las cumbres. Y algunas veces desde lo alto de *Chiradiello* le dice al mozo:

—Los estudios me faltaron, Francho. Que a tener yo con la fuerza el talento ése que has heredado de tu madre, hubiera conquistado el mundo.

LA NOVELA MUNDIAL

DIRECTOR: J. GARCIA MERCADAL

Algunos de las números publicadas.

BALAJA (FINO)

1. La casa del crimen.
21. El horrores crimen.
22. La dama de virtud.
102. El capote de la madre.

BUENO (MANUEL)

5. La dulce mentira.
42. Una historia de amor.

CASTRO (CRISTOBAL DE)

3. La infamia y el trapaceo.
43. Clavillos.
65. La jaula de oro.
91. Los hombres de tierra.

INSUA (ALBERTO)

27. En el siegros Madrid de 1905.
37. La señorita y el obrero.
40. Mademoiselle Simone en Madrid.
55. La casa de las señoras.
66. El jaido superstitioso.
83. El vicio y la virtud en el Atlántico.
87. Todo acabó bien.
108. Germana y su familia.

LOPE DE HARO (RAFAEL)

19. ¿Fras tú?
35. Se ignora ovdí de las dno.
61. Oya a cara.
72. El hombre del sembrero gris.
75. El amigo el viajero.
85. Epa en el hotel.
121. Pasajista.

VALLE-INCLAN (RAMON DEL)

10. El toro del difunto.
24. Ligasta.

41. Zoco de Arceñedo.
72. Los hijos del capitán.

PINER DE AYALA (RAMON)

95. Justicia.
- ZAMACOIS (EDUARDO)
25. Mi marido no quiere.
109. Los ojos fríos.

CAMBA (FRANCISCO)

62. La nevera maldita.
74. Piedra rodada.
82. Crimen de mujer.
88. Mor laba.

CARRERE (EMILIO)

63. Aventuras de Lócaro de Ocaña.
77. Amor de escritorio.

PEDRO (VALENTIN DE)

29. El estigma de un beso.
59. Mi hijo del rey.
84. La mujer que había nacido a Dios.

MARIN ALCAJIDE (ALFREDO)

24. El pacto de la dicha.
80. Una huella en la tierra.

COLOMA (JESUS R.)

18. Las hijas de la cerroña.
54. Los huertos.
71. Se rifa un marido.

LLAMPAYAS (JOSE)

56. El oro del señor Gimeno.
79. El vicio de Simón.

LORENTE (JUAN JOSE)

28. El ultraje.
86. Los vándalos del amor.

Aparecerá el jueves, 30 de agosto de 1928, el número 129

EMILIO CARRERE

AMOR DE ANUNCIACION

LA PANTALLA

SEMANARIO ESPAÑOL DE CINEMATOGRAFIA

La verdadera guía de la
cinematografía mundial.
Informaciones y noticias
« » de última hora « »

EDITADO EN
RIVADENEYRÁ (S. A.)
PASO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

ESTAMPA

GRAN SEMANARIO GRÁFICO Y LITERARIO
DE LA ACTUALIDAD ESPAÑOLA Y MUNDIAL

LA IMAGEN DEL MOMENTO
EL COMENTARIO OPORTUNO
LA INFORMACIÓN INTERESANTE
LOS ESCRITORES PREFERIDOS

EDITADO EN
RIVADENEYRA (S. A.)
PASO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

LEA USTED
HUMO, DOLOR,
PLACER

La más hermosa, la más
interesante novela de

ALBERTO INSUA

Editada por Rivadeneyra. 320 páginas.
Admirable cubierta de Ribas, 5 pesetas.



Del mismo autor,
reeditadas por Rivadeneyra.

UN ENEMIGO DEL MATRIMONIO.
LA MUJER QUE NECESITA AMAR.
LA MUJER QUE AGOTÓ EL AMOR.
EL NEGRO QUE TENÍA EL ALMA BLANCA.
LA MUJER, EL TOREPO Y EL TORO.
LAS FLECHAS DEL AMOR.

Lea usted

macaco

el periódico
de los niños

Contiene historietas, chistes,
cuentos, muñecos recorta-
bles, dibujos para iluminar,
pliegos de soldados, etc., y
otras muchas secciones, que
son el encanto de los niños.
No dejéis de comprarlo, pues
además, obtendréis grandes re-
galos.

APARECE LOS DOMINGOS 30 cts.

10E
A21

LA FARSA

PUBLICACION SEMANAL
DE OBRAS TEATRALES

Léala usted todos los sábados



Dará a conocer a sus lectores todas las obras que se estrenen con éxito, inmediatamente después de su estreno.

Colaboración de los más insignes comediógrafos españoles.

Ilustraciones de los más distinguidos artistas.

Cubiertas en colores.

Magnífica presentación.

Pídala en todos los puestos de periódicos.

50 CÉNTIMOS

ADMINISTRACION: RIVADENEYRA, S. A.

Paseo de San Vicente, 20. - MADRID